

Sociologie politique des élites

William Genieys

(Paris, Armand Colin, 2011)

El profesor William Genieys (Centre d'Etudes Pour l'Europe Latine, Université de Montpellier-1) publica un libro extraordinario sobre las élites políticas en el que en 350 páginas bien escritas hace varios ejercicios de arqueología. En su tratamiento aborda tanto a los clásicos (comenzando con Pareto, pero con incursiones hacia Weber o incluso Veblen) como a los contemporáneos intentando estudiar las vinculaciones entre la naturaleza sociopolítica de las élites gobernantes y los regímenes políticos que dirigen. Además, uno de los objetivos del autor es poner de relevancia las derivaciones metodológicas de estos estudios. Así, Genieys disecciona los análisis de las élites políticas desde dos puntos de vista básicos: el sustantivo y el metodológico. Trataré el primero *in extenso* y el segundo de manera más reducida.

Desde el punto de vista sustantivo, el autor desgrana un rosario de aportaciones que comienza con una observación patente: «las élites constituyen un hecho sociológico incontestable» (p. 14) en la medida en que en todos los regímenes políticos (en todas las sociedades) siempre hay personas que toman decisiones que afectan a otras. Por ponerlo de otra manera: siempre hay quien manda (e influye sobre los que mandan) y quienes son mandados/as. El estudio de los regímenes políticos, sistemas electorales, legislación, instituciones políticas o políticas públicas no puede olvidar este hecho en la medida en que hay personas cuyas decisiones y acciones determinan la naturaleza de las políticas, las leyes, los regímenes, las instituciones, en suma. Si tienen tanta relevancia, conviene centrarse en quiénes son, de dónde vienen, qué piensan, cómo llegan a posiciones de poder, qué hacen en las instituciones o cómo consiguen mantenerse en ellas.

La primera tarea es la de definir el concepto «élite» para identificar a este grupo en la práctica. Aquí, el profesor Genieys realiza el primer ejercicio de arqueología al bucear en la etimología del concepto en diversas lenguas (francés, inglés, griego, persa, turco, castellano) para concluir que el término «élite» es “invención” de la lengua francesa, [que] ha sido importado a finales del siglo XIX en muchos campos léxicos para caracterizar, por regla general, a los “grupos” de actores que se distinguen en sus sociedades respectivas al poseer ciertas capacidades o porque han sido designados (en el sentido de elegidos) como los mejores» (p. 17). Sin embargo, reconoce Genieys, siguiendo a Bottomore (1964), que su uso académico no se hará extensivo hasta la incorporación de las teorías de Pareto por las universidades británicas y estadounidenses. Y aquí aparece ya un conjunto de definiciones o aproximaciones que destilan en mayor o menor grado las contribuciones de los dos grandes de los estudios de las élites: Pareto y Mosca, a los que Genieys añade a Michels y, en un ejercicio de erudición de agradecer, a nuestro Ortega y Gasset. No es extraño si se tiene en cuenta la influencia linzeana del autor. Es muy útil que Genieys (p. 21) recupere una tabla de definiciones variadas, originaria de Burton y Highley (1987), y con la que el lector/a puede aproximarse a cómo diferentes estudiosos han acotado el concepto de «élite».

El estudio de los clásicos permite a Genieys hacer otro ejercicio de arqueología desempolvando textos e ideas que han sido útiles a los/as investigadores de toda época. Así, revisa las tesis de la circulación de las élites de Pareto y resalta la dimensión historicista en la que debe entenderse para rebajar el malentendido que ubica al autor entre los autores «elitistas», un calificativo que debería revisarse: se puede estudiar la ONCE sin ser ciego, a los excluidos siendo de clase media, y a las élites sin ser elitista. Pareto entendía que la circulación de las élites era el reflejo de la evolución de la sociedad y, por tanto, el estudio de la naturaleza y composición de las élites servía de sismógrafo para entender mejor los cambios sociales.

El asunto se complica con la contribución de Mosca y su disputa con Pareto sobre la paternidad de ciertas ideas. Pero Genieys hace otro ejercicio de arqueología buceando en las ideas de Mosca y recuperando la noción de «clase dirigente» (o «clase política») como aquel grupo de individuos, más o menos socialmente homogéneo y más o menos organizado, «que es capaz de imponer su voluntad a la mayoría» (p. 90). Uno de los aspectos que se ha remarcado poco es el concepto del «mérito» como dimensión necesaria para pertenecer a la «clase política» en la concepción de Mosca. El mérito refuerza el papel del Estado como productor de élites políticas, de manera que, apunta Genieys (p. 93), «Mosca hace de la validación de las competencias adquiridas en las instituciones del Estado un prerrequisito para las carreras políticas que conducen a puestos de responsabilidad gubernamental». Este interés por la clase dirigente o política permite ampliar el enfoque en el estudio de las élites ya que no se observa solo a quienes ocupan posiciones de poder formal, sino a quienes «poseen los recursos sociales y políticos sustanciales (por ejemplo, los ricos, los clérigos, los intelectuales, los líderes sindicales)» (p. 93). El análisis de Mosca es particularmente interesante por la vinculación entre clase dirigente y Estado o gobierno del Estado en el sentido de que el Estado burocrático moderno «constituye una forma de organización del poder que permite contrarrestar la deriva de un régimen político dominado por una clase dirigente débil» (p.106) que es el riesgo que se corre cuando los grupos dirigentes se reproducen o bien por herencia (integración horizontal), o por mérito o elección (integración vertical), pero cuando la elección está organizada y realizada por los miembros de la élite (por ejemplo, en el caso del clientelismo político o los «dedazos» sucesorios).

Genieys trata también las aportaciones de Michels y su «ley de hierro de la oligarquía», tan presente y tan ignorada en el funcionamiento de las organizaciones políticas actuales a pesar de los efectos perniciosos que tiene para la democracia; las de Gramsci y el papel que asigna a los intelectuales como élite intelectual y vanguardia cuya misión es la de crear conciencia de la situación de subordinación entre los efectivos de la clase obrera; las de Ortega y Gasset sobre la extensión de la persona-masa y su desafío a la democracia e incluso las de Karl Mannheim. Algunas de estas ideas las recupera posteriormente Charles W. Mills, otro de los autores que Genieys trabaja exhaustivamente (pp. 197 y ss.).

Tras aportar las ideas de los clásicos, el texto se adentra en el estudio de las aportaciones empíricas al conocimiento de las élites guiado por una pregunta básica: «¿Quiénes son las élites que nos gobiernan?» (p. 151) y «¿Por qué están ahí?» (p. 158). Rescata el autor los primeros estudios sociográficos realizados con el objetivo de entender mejor el funcionamiento de la democracia y sus diferencias con los regímenes no democráticos en cuanto a la composición interna de las élites y su reclutamiento. Así aprendemos que los regímenes fascistas y nazis supusieron una ruptura en estos dos aspectos incorporando grupos sociales antes fuera del poder (pequeña burguesía e incluso obreros) (pp. 155 ss.) y que los regímenes totalitarios privilegian las carreras dentro del partido para acceder a puestos de poder

mientras que los autoritarios, con pluralismo limitado, suelen tener en cuenta una experiencia previa en la administración pública, ejército o la universidad (p. 164)¹.

Por otra parte, el libro dedica unas páginas al estudio del perfil social de los políticos en democracia, donde la rotación de las élites es más habitual por motivos obvios. El análisis de los casos de Francia, Reino Unido, Italia o Alemania permiten al autor detectar cambios sociales que tienen su reflejo en la composición de las élites políticas y, al mismo tiempo, concluir que «los factores ligados a la socialización infantil permiten el desarrollo precoz de un interés por la cosa pública» (p. 176) cuya causa la encontramos en tres factores: «las conversaciones políticas familiares, las funciones e interés político de los parientes o familiares cercanos y la pertenencia del padre o de los abuelos a una formación política» (p. 177). Asimismo, como muestran multitud de estudios, el nivel educativo y la profesión ejercida parecen tener también una relación con las vías de reclutamiento para la élite política en las democracias. Por ejemplo, parece que en las sociedades democráticas modernas, los titulados universitarios tienen una presencia abrumadora entre los políticos (87% en los parlamentos autonómicos españoles en 2011 y 85% para el periodo 1980-2005, según los datos de Coller *et al.*, 2008), mientras que profesionales del derecho y docentes, por motivos diferentes, parecen ser las profesiones más habituales (un 38% en 2011 en la España autonómica y un 40%, ambos en el periodo 1980-2005, pero un 25% de docentes en el Congreso de los Diputados y un 20% de profesionales del derecho en el periodo 1979-2012)². También la presencia de tecnócratas parece habitual en ciertos momentos históricos de transición (p. 279).

El autor pone el dedo en la llaga al señalar que la fotografía de la élite suele ser «el espejo invertido de la realidad social» (p. 183), pero no discute algunas medidas interesantes para averiguar cuán desproporcionada es la distancia entre la élite y la sociedad que la elige, y las diferencias entre partidos o territorios. Probablemente, en ediciones posteriores, el autor puede prestar atención al «índice de sesgo electoral» que usan Norris y Lovenduski (1995: 96) a partir de los trabajos de Ross (1944). Este índice puede interpretarse como un «índice de desproporción social» que permite ver la evolución de la distancia entre élites y sociedad y establecer comparaciones entre países³. Permite visualizar especialmente el sesgo social que se genera en el reclutamiento de las élites como el resultado de un proceso selectivo cuyo estudio requiere tener en cuenta la dificultad de generar modelos universales, pero en el que se pueden combinar tanto la «socialización singular (características sociales [de los que acceden a posiciones de poder] y aprendizaje político) y una estructura de oportunidad política» (p. 189). Los estudios sobre el perfil social suelen estar orientados por la idea de que una representación política similar a la estructura social de quienes eligen a los representantes reportará beneficios en términos de legislación y de legitimidad institucional. Sin embargo, Genieys es claro acerca de esta concepción probablemente errónea al concluir que «no podemos afirmar con certeza que una élite que representa de manera equitativa a todos los grupos sociales conducirá a la estabilidad política o a unas políticas públicas eficaces y sensibles a las expectativas de la ciudadanía» (p. 268).

¹ Nótese que el autor concluye que «las diferencias observadas [entre regímenes totalitarios y autoritarios] remiten no solamente a la relación entre élites y sociedades, sino sobre todo a la naturaleza del régimen político [...] la configuración del régimen favorece la integración de tipos de élites que tienen un perfil social particular» (p. 167).

² Véanse los datos en http://www.upo.es/democraciayautonomias/proyectos/perfil_social_de_los_parlamentarios/Datos_basicos/index.jsp

³ Véase el trabajo de Coller (2008) para una aplicación en el caso de España.

Uno de los aspectos relevantes del libro es que el autor trata a las élites como fenómeno a estudiar. De ahí su interés en el perfil social o en su reclutamiento. Pero, además, las estudia como variable independiente que puede ayudar a entender mejor fenómenos importantes como la naturaleza de los regímenes políticos, su transformación o las políticas públicas desarrolladas. En este aspecto, la contribución de Genieys es crucial para reflexionar acerca de quién gobierna en democracia y de las sinergias que se generan entre los individuos que forman las élites políticas y las instituciones que ocupan o quieren ocupar. Esta perspectiva, bautizada como «neoelitismo», se centra parcialmente en las transiciones políticas y la consolidación de la democracia y en el papel de las élites en estos fenómenos. Los trabajos de John Higley, Juan J. Linz o Richard Gunther, entre otros, ponen de manifiesto que la estabilidad de los regímenes nuevos depende, en buena medida, de que exista un cierto consenso sobre las reglas de juego, las instituciones necesarias y ciertos valores universales (libertad, respeto a los derechos humanos, etc.) entre aquellos que aspiran a (u ocupan ya) posiciones de poder. Esto no quiere decir que las élites políticas en las democracias requieran consenso ideológico, algo más propio de los regímenes autoritarios (p. 287). En este sentido, el «neoelitismo» parte de la concepción sartoriana de la política como «negociación» (por tanto, generadora de pactos y consensos entre grupos rivales) y no como «guerra», que lleva a la exclusión del rival. Desde este punto de vista, es relevante el estudio de Genieys sobre las políticas públicas como el resultado de la interacción de actores diversos entre los que figuran las nuevas élites del Estado socializadas profesionalmente en la función pública.

En el orden metodológico, William Genieys (p. 24) centra las posibilidades de estudio de las élites (comenzando por su identificación) recurriendo a tres técnicas que hoy parecen obvias, pero que han sido destiladas tras múltiples estudios que ya son clásicos, como los de Hunter (1953) y Dahl (1961) y que el autor trata extensamente en varios capítulos de su obra. El primero es el de la reputación. Consiste en identificar a aquellas personas que toman (o influyen sobre las) decisiones sobre asuntos públicos que afectan a otras personas en función de lo importantes e implicados que son percibidos por los otros/as. Este grupo es el que se considera la élite. **El segundo método, probablemente el más extendido, es el posicional**, que consiste en identificar a aquellas personas que ocupan posiciones de poder definidas dentro de una institución. Así, **la élite política puede quedar definida por las personas que ocupan escaños en los parlamentos, puestos en el ejecutivo, posiciones de liderazgo en los partidos (ejecutivas, por ejemplo)**. Se asume que estas personas, dada su posición en las instituciones, tienen poder y toman decisiones sobre asuntos públicos. El tercer método es el decisional, que es menos estático que el anterior y más *ad hoc*. Consiste en identificar a los grupos de personas que participan en la toma de decisiones de un asunto concreto, como puede ser una política sanitaria, la construcción de un puente o la política de contratación de las universidades. Los tres métodos de identificación arrojan élites diferentes (porque observan también cosas diferentes: ciudadanos reputados, instituciones, decisiones) pero todas tienen un elemento común: se trata de grupos de personas (élites) que ejercen (o están cerca de) el poder; son capaces de tomar decisiones o influir sobre ellas.

Se trata de un texto sólido, bien escrito, solvente y de interés para conocer mejor qué se ha estudiado de las élites políticas, los debates que han generado estos estudios y las avenidas de futuro para este campo de las ciencias sociales.

Xavier COLLER

BIBLIOGRAFÍA

- Bottomore, Tom (1964). *Elites and Society*. Londres: Routledge.
- Burton, Michael G. y John Higley (1987). «Invitation to Elite Theory. The Basic Contentions Reconsidered». En: William D. Domhoff y T. Dye, *Power Elites and Organization*. Beverly Hills: Sage.
- Coller, Xavier (2008). «El sesgo social de las elites políticas. El caso de la España de las autonomías (1980-2005)». *Revista de Estudios Políticos*, 141: 133-159.
- y Andrés Santana (2009). «La homogeneidad social de la elite política. Los parlamentarios de los PANE (1980-2005)». *Papers, revista de sociología*, 92: 29-50.
- ; Helder Ferreira y Chris Meissner (2008). «Les elites politiques régionales espagnoles (1980-2005)». En: William Genieys, Mohammad-Saïd Darviche y Guy Hermet (eds.), *Penser la dynamique des régimes politiques. Sur les pas de Juan Linz*. París: L'Harmattan.
- Dahl, Robert (1961). *Who Governs? Democracy and Power in an American City*. New Haven: Yale University Press.
- Hunter, Floyd (1953). *Community Power Structure*. Chapel Hill: University of North Caroline Press.
- Norris, Pippa (ed.) (1997). *Passages to Power. Legislative Recruitment in Advanced Democracies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- y Joni Lovenduski (1995). *Political Recruitment. Gender, Race and Class in the British Parliament*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Ross, James F. S. (1944). *Parliamentary Representation*. New Haven: Yale University Press.

La mentira os hará libres. Realidad y ficción en la democracia

Fernando Vallespín Oña

(Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2012)

Democracia y verdad, realidad y ficción, ocultación y desenmascaramiento, opinión, juicio, actor y sistema, todo ello forma parte del reino de la política pues en la naturaleza de la política está el «estar en guerra con la verdad» (Arendt, 1968: 239). Sin embargo, el continuo toma y daca entre aquello que se nos presenta como real por cada uno de los participantes en el sistema político, unido al permanente desvelamiento de la mentira, parece incrementar las reacciones de desconfianza hacia, y desprestigio del, sistema político; la lucha en el reino de las opiniones por obtener la consideración de verdad ha generado la creciente pérdida de un mundo común, en el cual exista algo parecido a una lectura de base racional sobre lo que acontece (p. 166). Es por ello que Fernando Vallespín se pregunta ¿qué relación tiene la democracia con la verdad?

Hoy en día las interpretaciones sobre los hechos, las opiniones y la creación de significados sobre la *realidad* proliferan en el espacio público. La batalla política no se libra exclusivamente en el Parlamento, sino que resulta tanto o más importante el posterior traslado a los medios de aquello que sucede en la arena política. Si bien la política democrática requiere de un espacio para la confrontación y el encuentro de ideas, también es verdad que el espacio público se encuentra, cada vez más, sembrado de opiniones, «un mundo huérfano de verdad donde la textura de lo real se nos abre a una ilimitada gama de interpretaciones» (p. 34). En este estado de la cuestión se nos presenta una paradoja, «si no denunciarnos, si no criti-